

# EL PROSCRITO

---

A GUA reverdecida, la palabra  
que fue apariencias turba nuevamente: catástrofe  
encima de la cal, ávida vid que apresurada cae  
de vuelo a onda a eterna superficie  
hendiendo el demorado ardor de la quietud.

Donde el hastío los naufragios cubre, su exhalación levanta  
en vendaval y sílabas la sombra  
en torno del corcel desfallecida; asciende  
y con fragor los rostros atraviesa: bandera que en delirio  
despereza de escoria la centuria  
afin al delator que pudre la alabanza.

Solo te quedarás, precario amante hablando  
al sol insomne, y la desdicha  
un hueco hará en la alcoba al despertar  
sin resuello cerca ni ver cómo la infancia  
alienta el vaho que prosigue.

El vacío quizá, la desnudez  
contaminada, el sábado perenne, la vileza  
febril de acariciar los hijos  
de la hermana menor, diente con diente  
anegarán el lecho de cortinas cerradas  
tras el rumor de las visitas.

Mártir sin pueblo, pasaré la tarde anclado en la espesura  
inerte ante la ley pero forjando  
estíos sobre el vasto acontecer que aloja  
testimonios, ardiendo en cantos como arenas donde silba  
el soplo que rescata a la serpiente.

De la armonía bajaré a escuchar lejanas  
masedumbres: "Mi esposa, mis criaturas", mecánica indolencia  
que el miedo trueca en vanidad de tigre  
saltando seriamente de orfandad a consuelo:  
ni altares ni sepulcros, sólo dioses en cuya piel acecha  
la tempestad en muro blanqueado.

Encomiéndate a Dios, regresa a casa  
a compartir la adversa atmósfera vencida,  
porque el trigo no cae en tierra  
y nada haría perdurar ahora  
hierros que en la pradera devastan la cordura.

Rostro para una vida larga,  
comparece a la mesa de los justos  
a hacerles compañía, y deja la mansión  
adonde hollados por el polvo  
llegan ruidos del último banquete  
como dormita el viento absorto en la llanura.

Yacen todos con honra, circundados de hiel  
bajo la herrumbre de aplazados días, en cotidianas órbitas  
sin antes ni después, con el pesar  
que al salteador aturde, oculto en el recodo  
del camino, sin furia ni piedad, confiado a la esperanza.

Disipan, en sarcófagos, laureles  
y el nombre que heredaron pone coto a las hordas;  
no saben del desastre nacido de un mirar que se desvía  
porque el amargo amor de su costumbre  
aloja el pez de las escamas apagadas.  
Si abrieran el portal, piadosamente los contemplaría.

---

A l í   C h u m a c e r o